

a poco estalló otra guerra mas grave, y mas peligrosa, cuyo exito no fue tan feliz para sus armas.

Guerra de Tlascala.

En medio de tantas provincias sometidas a los Megicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la republica de Tlascala se habia conservado firme, sin doblar el cuello a su yugo, apesar de estar tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huejotziques, y los Choluleses, y otros estados vecinos, que habian sido aliados de aquella republica, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella a los Megicanos, bajo el pretexto de que los Tlascalcas querian apoderarse de las provincias maritimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder, y su riqueza, y procuraban seducir a los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad, pues ademas de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlascala, y reputarse parientes de los Tlascalcas, estos no podian proveerse en otros puntos del algodón, del cacao, y de la sal de que carecian. Sin embargo de tal manera exasperaron el animo de los Megicanos las representaciones de los Huejotziques, y de los otros rivales de Tlascala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de Megico trataron a los Tlascalcas como a los mayores enemigos de su corona, y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella republica, para impedir su comercio con las provincias maritimas.

Los Tlascalcas, viendose privados de la libertad del trafico, y por consiguiente de las cosas necesarias a la vida, determinaron enviar una embajada a la nobleza Megicana (probablemente en el tiempo de Ajayacatl) quejandose del daño que les hacian las siniestras noticias de sus rivales. Los Megicanos, ensobrecidos con su prosperidad, respondieron que el rei de Megico era señor universal del mundo, y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los Tlascalcas debian prestarle obediencia, y pagarle tributo a egemplo de las otras naciones: pero que si se reusaban a someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas, y su país habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante, y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosisimos señores, los Tlascalcas no os deben tributo alguno; ni lo han pagado jamas a

ningun principe, desde que sus antepasados salieron de los países septentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad, y no estando acostumbrados a esa esclavitud a que pretendéis reducirlos, lejos de ceder a vuestro poderío, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los Tlascalcas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Megicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos a aceptar condiciones moderadas, pensaron mas seriamente en fortificar sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la republica con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en la raya: pero con las nuevas amenazas de los Megicanos, aumentaron el numero de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecian, y fabricaron aquella famosa muralla de seis millas de largo, que impedía la entrada a su territorio por parte de Oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los Huejotziques, por los Choluleses, por los Iztocaneses, por los Tecamachalqueses, y por otros estados vecinos, o poco distantes de Tlascala: mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la republica: tales eran la vigilancia de los Tlascalcas, y el valor con que hacian frente a los invasores.

Habianse entre tanto acogido a su territorio muchos vasallos de la corona de Megico, especialmente Chalqueses, y Otomites de Jaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades, en las guerras anteriores. Estos aborrecian de muerte a los Megicanos, por los males que de ellos habian recibido: por lo que los Tlascalcas vieron en ellos los hombres mas aptos a oponerse a las tentativas de sus enemigos. No se engañaron: pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los Megicanos fue la que les hicieron aquellos profugos, especialmente los Otomites, que eran los que guarnecian las fronteras, y que por los grandes servicios que hacian a la republica, fueron por ella magnificamente recompensados.

Durante los reinados de Ajacayatl, y de sus sucesores, los Tlascalcas estuvieron privados de todo comercio con las provincias maritimas, de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron a comer los manjares sin aquel condimento, y no volvieron a usarlo hasta muchos años despues de la conquista de los Españoles: pero los nobles, o a lo menos, algunos de ellos, tenian correspondencia secreta con los Megicanos, y por su medio se proveian de todo lo necesario, sin que llegase esto a noticia de la plebe de una ni otra

ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, mientras los ricos saben hallar medios de evitarla, o cuando menos de mitigar su rigor.

Moteuczoma entretanto no pudiendo sufrir que la pequeña republica de Tlascala le negase la obediencia, y la adoracion, que le tributaban tantos pueblos, aun de los mas remotos de su capital, mandó al principio de su reinado que los estados vecinos a los Tlascalenses alistasen tropas, y atacasen por todas partes aquella republica. Los Huejotziques confederados con los Choluleses pusieron sus huestes bajo el mando de Tecayahuatzin, gefe del estado de Huejotzincó, y este, prefiriendo por entonces la astucia a la fuerza, procuró con dones, y con promesas, atraer a su partido a los habitantes de Hueyotlipan, ciudad de la republica, situada en la frontera del reino de Acolhuacan, y a los Otomites, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron a sus alhagos, antes bien protestaron que estaban dispuestos a morir en defensa de la republica. Los Huejotziques, viendose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto impetu en las tierras de Tlascala, que no bastando a detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron, haciendo grandes estragos, hasta Gilojochitla, pueblo distante solo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizatlatzin, célebre caudillo Tlascalense; mas al fin murió, oprimido por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, apesar de hallarse tan cerca de la capital, tubieron miedo de la venganza de los Tlascalenses, y volvieron precipitadamente a sus territorios. Este fue el origen de las continuas batallas, y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los Españoles. La historia no dice si en la ocasion de que vamos hablando, tomaron parte en la guerra los otros estados vecinos a Tlascala: quizas los Huejotziques, y los Choluleses no les permitieron participar de su gloria.

Los Tlascalenses quedaron tan exasperados contra los Huejotziques, que no queriendo ya limitarse a la defensa del estado, pasaron muchas veces las fronteras, y atacaron a los enemigos en su propio territorio. Una vez los acometieron por las faldas de los montes, que estan al Occidente de Huejotzincó*, y de tal modo los apretaron, que no pudiendo resistirles los Huejotziques, pidieron socorro a Moteuczoma, el cual les envió un numeroso exercito, al mando de su hijo primogenito. Estas tropas marcharon por la falda meridional del volcan de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chieltan, y de Itzocan,

* La ciudad de Huejotzincó no estaba entonces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino mas a Poniente.

y de allí por Quauhquecholan, entraron en el valle de Atlixco. Los Tlascalenses, enterados del camino que habian tomado sus enemigos, determinaron hacerles una diversion, y atacarlos por retaguardia antes que se uniesen con los Huejotziques. Fue tan impetuosa su arremetida, que los Megicanos sufrieron una derrota completa, y aprovechandose de su desorden los Tlascalenses, hicieron en ellos sangrientisimo estrago. Cayó entre los muertos el principe general en gefe, a quien se habia conferido aquel cargo, mas bien en consideracion a su alto caracter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del exercito huyeron, y los vencedores, cargados de despojos, regresaron a Tlascala. Es de estrañar que no se dirigiesen inmediatamente a Huejotzincó, pues debian esperar que no fuese larga su resistencia: pero quizas no fue tan completa la victoria, que no experimentasen tambien ellos una perdida considerable, y tendrian por mas conveniente ir a gozar los frutos de su triunfo, para entrar despues con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto, pero fueron rechazados por los Huejotziques, que se habian fortificado, y regresaron a Tlascala, sin otra ventaja, que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos, lo que les ocasionó tan gran escasez de viveres, que les fue preciso pedir socorros a los Megicanos, y a otros pueblos.

Moteuczoma se apesadumbró como debia por la muerte de su hijo, y por la perdida de sus tropas, y deseoso de tomar venganza, hizo apercibir otro exercito en las provincias vecinas a Tlascala, para bloquear toda la republica; pero los Tlascalenses, previendo lo que iba a suceder, se habian fortificado estraordinariamente, y aumentado las guarniciones. Combatióse vigorosamente por una y por otra parte: pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La republica celebró con grandes regocijos estas prosperidades, y remuneró a los Otomites, a quienes principalmente se debian, confiriendo a los mas distinguidos de entre ellos la dignidad de Tejetli, que era la mas alta del estado, y dando a los gefes de aquella nacion las hijas de los mas nobles Tlascalenses.

No hai duda que si el rei de Megico se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los Tlascalenses a su corona, porque aunque la republica tenia grandes fuerzas, tropas aguerridas, y fronteras bien guardadas, su poder era mui inferior al de los Megicanos. Por lo que me parece verosimil lo que dicen los historiadores, a saber, que los reyes de Megico dejaron con toda intencion subsistir aquel estado rival, distante apenas sesenta millas de

su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de egercitar sus tropas, como tambien, y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios a sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguian en los frecuentes ataques que daban a los pueblos de Tlascala.

Tlahuicole, famoso general de los Tlascalenses.

Entre las victimas Tlascalenses, es memorable en las historias de aquel pais un famosísimo general, llamado *Tlahuicole**, en quien no se sabia si era mas admirable el denuedo de su animo, que la fuerza extraordinaria de su cuerpo. El *macuahuitl*, o espada Megicana con que combatia era tan pesada, que apenas podia alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la republica, y todos huian, donde quiera que lo veian parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los Huejotziques a una guarnicion de Otomites, se empeñó incautamente, en el calor de la accion, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que quería, fue hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y de alli llevado a Megico, y presentado a Moteuczoma. Este monarca, que sabia apreciar el merito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedio generosamente la libertad de volver a su patria: pero el arrogante Tlascalense, no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretesto de no osar presentarse ante sus compatriotas, cubierto de ignominia. Dijo que queria morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moteuczoma, viendolo tan resuelto a no volver a su patria, y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tubo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los Megicanos, y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entretanto se encendio la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rei encargó a Tlahuicole el mando de las tropas que envió a Tlajimaloyan, frontera, como ya he dicho, de aquel reino. Tlahuicole correspondio a la confianza que habia merecido, y no habiendo podido desalojar a los Michuacaneses del sitio en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó gran cantidad de oro, y plata. Moteuczoma apreció sus servicios, y volvió a concederle la libertad: pero reusandola él, como antes habia hecho, le ofrecio el rei el alto empleo de Tlacatecatl, o sea general de los egercitos Me-

* El suceso de Tlahuicole ocurrio verosimilmente en los ultimos años del reinado de Moteuczoma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relacion que tiene con la guerra de Tlascala.

gicanos. A esto respondió el valiente republicano que no queria ser traidor a la patria, y que queria absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado a los prisioneros de mas nota, le seria mucho mas honroso que el ordinario. Tres años vivio aquel general en Megico, con una de sus mugeres, que habia ido de Tlascala a reunirsele, y es de creer que los Megicanos proporcionasen esta union, a fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus hazañas la corte, y el reino de Megico. Finalmente viendo el rei la ostinacion con que reusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su barbaro deseo, y señaló el dia del sacrificio. Ocho dias antes empezaron los Megicanos a celebrarlo con bailes, y cumplido aquel término, en presencia del rei, de la nobleza, y de una gran muchedumbre de pueblo, pusieron al prisionero Tlascalés, atado por un pie en el *temalacatl*, que era una piedra grande, y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno a uno para combatir con él muchos hombres animosos, de los que mató, segun unos, ocho, y hirio hasta veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibio en la cabeza, fue llevado ante el idolo Huitzilopochtli, y alli le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadaver por las escaleras del templo segun el rito establecido. Asi terminó sus dias aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad a su patria, lo hubieran elevado a la clase de heroes, si lo hubieran dirigido las luces de la religion.

Hambre en las provincias del imperio, y obras publicas en la Corte.

Mientras se hacia la guerra con los Tlascalenses, se padecio hambre en algunas provincias del imperio, ocasionada por la sequedad de los dos años anteriores. Consumido todo el grano que tenian los particulares, tubo ocasion Moteuczoma de egercer su liberalidad; abrio sus graneros, y distribuyó entre sus subditos todo el maiz que contenian: mas no bastando esto a remediar su necesidad, permitio, a imitacion de Moteuczoma I, que fuesen a otros paises a proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una cosecha abundante, salieron los Megicanos a la guerra contra Quauhtemallan, provincia distante mas de novecientas millas de Megico, acia Sudeste. Mientras se hacia esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los Quauhtemalenses contra los subditos de la corona, se terminó en Megico la fabrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl,

cuya solemne dedicacion fue celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habian por aquel tiempo los Megicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago de Chapoltepec a Megico, y reconstruido el acueducto que en el mismo camino habia: pero la alegria que ocasionó la terminacion de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo, llamado *zomoli*, de resultas de un rayo que en ella cayó. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo, y particularmente los Tlatelolques, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio habia sido exitado por algunos enemigos que habian llegado repentinamente a la ciudad, por lo que se armaron para defenderla, y acudieron en tropel al templo. Tanto indignó a Moteuczoma aquella inquietud, atribuyendola a un mero pretesto de los Tlatelolques para promover una sedicion, (pues siempre estaba desconfiando de ellos,) que los privó de todos los empleos publicos que servian, y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando a disuadirlo de aquella resolucion, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó aquel primer impetu de su cólera, los restituyó a sus empleos, y a su gracia.

Nuevas revueltas.

Entretanto se rebelaron contra la corona los Mijteques, y los Zapotques. Los principales gefes de la rebelion, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetecpatl, señor de Coajitlahuacan, y Nahuiochitl, señor de Tzotzollan. Antes de todo, mataron a traicion a todos los Megicanos, que estaban en las guarniciones de Huagyacac, y de otros puntos. Cuando Moteuczoma tubo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grueso egercito, compuesto de Megicanos, Tezcucanos, y Tepaneques, bajo las ordenes del principe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor a la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchisimos de ellos hechos prisioneros con sus gefes, y saqueada su ciudad. El egercito volvió a Megico cargado de despojos; los cautivos fueron sacrificados, y el estado de Tzotzollan fue dado a Cozcaquauhtli, hermano de Nahuiochitl, por haber sido fiel al rei, anteponiendo la obligacion de subdito a los vinculos de la sangre: pero se difirió el sacrificio de Cetecpatl, hasta que hubo descubierto los complices de su crimen, y los designios de los rebeldes.

Disension entre Huejotzinqués y Choluleses.

Poco tiempo despues de esta espedicion, se sucitó una reyerta entre los Huejotzinqués, y los Choluleses, sus amigos, y vecinos, no se por qué causa, y remitiendo la decision a las armas, se dieron una batalla campal. Los Choluleses, como mas practicos en el egercicio de la religion, del comercio, y de las artes, que en el de la guerra, fueron vencidos, y obligados a retirarse a su ciudad, a donde sus enemigos los persiguieron, matandoles mucha gente, y quemandoles algunas casas. Apenas consiguieron este triunfo los Huejotzinqués, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que los amenazaba. Para evitarlo, enviaron a Moteuczoma dos personas de caracter, llamadas *Tolimpanecatli*, y *Tzoncoztli*, procurando justificarse, e inculpar a los Choluleses. Los embajadores, o por exaltar el valor de sus compatriotas, o por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la perdida de los Choluleses, que hicieron creer al rei que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado, habian abandonado la ciudad. Moteuczoma, al oír estos pormenores, se afligió extraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario que era de los mas célebres, y reverenciados de todo aquel pais, creia profanado por los Huejotzinqués. Habiendose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó a Cholullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido, y noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse despachó a Huejotzinco un egercito, mandando al general que castigase severamente a los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los Huejotzinqués, previendo la tempestad que iba a descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla a recibir a los Megicanos, y el general de estos se adelantó, y les espuso en estos terminos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moteuczoma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquiuhatzin, que reina al pie de los montes, me mandan deciros, que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholullan, y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados a vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huejotzinqués respondieron que aquella noticia habia sido mui exagerada, pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en

prueba de ello se ofrecieron a satisfacer a los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida a los embajadores, y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas, y las narices, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Asi terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

Espedicion contra Atlijco y otros pueblos.

Harto diferente fue la suerte de los Atlijqueses, que se habian rebelado contra la corona: pues fueron derrotados por los Megicanos, y estos les hicieron un gran numero de prisioneros. Ocurrió esto el mes de Febrero de 1506, cuando, por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovacion del fuego, con mucho mas aparato, y solemnidad, que en tiempo de Moteuczoma I, y en los otros años seculares. Aquella fue la mas magnifica, y la ultima que celebraron los Megicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros, reservando otros para la dedicacion del Tzompantli, que, como despues diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las victimas.

Presagios de la guerra de los Españoles.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular; pero en el de 1507, los Megicanos hicieron una espedicion contra Tzolan, y Mictlan, pueblos Mijteques, cuyos habitantes huyeron a los montes, sin dejar otras ventajas a los Megicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habian quedado en sus casas. De alli pasaron a subyugar a los de Quauhquechollan, que se habian rebelado, y en aquella ocasion ostentó su valor el principe Cuitlahuac, general del egercito. Murieron algunos valientes caudillos Megicanos, pero volvieron a imponer el yugo a los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacajipehualiztli, que se hacia en el segundo mes Megicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, el cual despues del ya mencionado incendio, habia sido magnificamente reconstruido.

El año siguiente salio el egercito real, compuesto de Megicanos, Tezcucanos, y Tepaneques, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el egercito, pues los unos, que viajaban casi desnudos, y estaban acostumbrados a un clima suave,

murieron de frio, y otros de la caída de los arboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron mui disminuidas su viage, murio la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas a la aparicion de un cometa, pusieron en gran consternacion a aquellos pueblos. Moteuczoma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenomeno, consultó a los astrologos; y no habiendo podido estos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rei de Acolhuacan, que era mui dado a la astrologia, y a la divinacion. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivian en mui buena armonia, desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerte a su hijo Huejotzincatzin, sin dar oidos a los ruegos de Moteuczoma, que como tio de este principe, habia implorado su perdón. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia, y confianza que antes; pero en aquella epoca, el vano terror que se apoderó del animo de Moteuczoma, lo exitó a valerse del saber de Nezahualpilli: asi que le rogó que pasase a Megico, para tratar de aquel asunto, que a uno, y otro era tan interesante. Condescendio con sus ruegos el rei de Acolhuacan, y despues de haber discurrido largo tiempo con Moteuczoma, fue de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agradando tampoco esta interpretacion a Moteuczoma, Nezahualpilli lo desafió a jugar al balon, que era juego mui comun en aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas, y convinieron en que si el rei de Megico ganaba, el de Acolhuacan renunciaria a su interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridicula de aquellos hombres, como si el exito de una prediccion dependiese de la destreza del jugador, o de la suerte del juego: pero menos perniciosa que la de los antiguos Europeos, que hacian depender de la barbarie del duelo, y de la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia, y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moteuczoma por la perdida, y por la confirmacion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas esperando hallar una esplicacion mas favorable, que contrapesase la del rei de Acolhuacan. Hizo pues consultar a un famosísimo astrologo mui versado en las supersticiones de la divinacion, con las que habia adquirido tanta celebridad, y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oraculo a los potentados, y a los reyes. Este hombre, sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas,